vinetur

Franciacorta sitúa la protección del paisaje como eje del futuro de su territorio vitivinícola

Productores, expertos y administraciones reclaman más planificación, biodiversidad y formación ante la presión urbanística y climática

martes 22 de septiembre de 2026



Franciacorta ha situado el paisaje en el centro del debate sobre el futuro de su territorio vitivinícola. El Consorzio Franciacorta, la entidad que protege la denominación de los espumosos lombardos elaborados con método clásico y que preside Emanuele Rabotti, dedicó una de las citas del Festival Franciacorta in Cantina a la relación entre conservación, actividad económica y cambio climático.

El encuentro se celebró en el antiguo convento franciscano de Rodengo Saiano, dirigido por el padre Luigi Cavagna y sede de Accademia Symposium, un instituto tecnológico superior especializado en formación profesional de alto nivel en agroalimentación, vitivinicultura, marketing y turismo, bajo la dirección de Luca Nobili. En la sesión participaron Armando Castagno, escritor, periodista y crítico del vino, además de historiador del arte y profesor de la Accademia Treccani; Fiona Colucci, de la Soprintendenza Archeologia, Belle Arti e Paesaggio per le Province di Bergamo e Brescia; Marco Pilotti, presidente de la reserva natural Torbiere del Sebino y catedrático de Ingeniería Hidráulica en la Universidad de Brescia; y el agrónomo Pierluigi Donna, cofundador de Studio Agronomico Sata.

Castagno defendió que la idea de paisaje no depende solo de la geografía, sino también de la cultura. Para explicarlo citó la señal turística de la autopista A8, en la Provenza, que remite al “paisaje de Paul Cézanne”, y puso como ejemplo la imagen de Venecia construida por pintores y fotógrafos. También recordó la obra de Luigi Ghirri, a quien atribuyó una nueva forma de mirar el territorio italiano y europeo, no como una simple vista para documentar, sino como una parte de la memoria y de la identidad cultural.

Frente a esa mirada, Castagno contrapuso la separación más nítida entre naturaleza intacta y espacio humanizado que defendió el fotógrafo estadounidense Ansel Adams. En su opinión, en lugares como Franciacorta el paisaje debe entenderse como una suma de espacios construidos a lo largo del tiempo por la acción humana dentro de ciertos límites legales. Por eso, dijo, la protección no afecta a una sola imagen del territorio, sino a varios paisajes que forman un mosaico cultural.

Colucci incidió en el componente subjetivo de esa percepción. Afirmó que cada persona mira el paisaje a través de su propia cultura y de su experiencia, y que esa dimensión no se limita a lo físico. A su juicio, esa visión también tiene una consecuencia práctica: el paisaje funciona como carta de presentación del territorio y, en una zona como Franciacorta, influye de forma directa en la experiencia de los enoturistas.

Durante el debate se abordó además la diferencia entre paisaje y medio ambiente. Castagno sostuvo que el medio ambiente puede estudiarse como sistema de relaciones entre elementos naturales y humanos, mientras que el paisaje aparece cuando ese sistema es observado y valorado por una comunidad. A partir de esa idea, recordó que, tras la Segunda Guerra Mundial, los constituyentes italianos incorporaron al artículo 9 de la Constitución la tutela del paisaje y del patrimonio histórico y artístico. Mencionó en ese punto el acuerdo entre Aldo Moro y Concetto Marchesi, y añadió que la reforma constitucional aprobada el 11 de febrero de 2022 amplió ese artículo con referencias expresas al medio ambiente, la biodiversidad, los ecosistemas, los animales y el interés de las generaciones futuras.

Colucci repasó la evolución jurídica italiana y señaló que, con el paso del tiempo, la noción de paisaje y la de medio ambiente se fueron separando en la administración pública. Recordó que Giovanni Spadolini incorporó el medio ambiente al nuevo Ministerio para los Bienes Culturales y Ambientales en 1974, pero juzgó artificial la división actual entre ambas materias. En su planteamiento, el paisaje incluye el medio en el que vive la población y también los bienes culturales, porque ambos expresan una forma de vida compartida.

Castagno llevó esa reflexión al caso de Franciacorta. Señaló que, para quien la observa desde fuera, la zona está identificada con sus vinos, y que esa asociación entre naturaleza, cultura, gusto y saber hacer ha sido construida por los productores. A su juicio, la responsabilidad de proteger ese patrimonio no recae solo en la política y en las administraciones, sino también en quienes han dado forma al territorio del vino. Advirtió además de que en Italia existen áreas con grandes productos agrícolas cuyo paisaje no permite reconocer a simple vista que se trata de un distrito agrario, y defendió que Franciacorta debe evitar esa desconexión entre producción e imagen del territorio.

La conservación del paisaje, coincidieron los participantes, depende también de la planificación urbanística. Colucci explicó que en Franciacorta no hay demasiadas áreas sujetas a protección directa, por lo que la capacidad de intervención de la Soprintendenza es limitada. En consecuencia, situó una parte muy relevante de la responsabilidad en los ayuntamientos, que cuentan con el Piano di governo del territorio como instrumento básico para ordenar usos y edificaciones. Añadió que, por encima de ese nivel, Lombardía sigue sin completar su plan paisajístico regional pactado con el Ministerio de Cultura, un trabajo que lleva años en marcha y que todavía no ha encontrado un punto de equilibrio. En cuanto a los centros históricos, pidió dar prioridad a la conservación de los palacios nobiliarios, porque en muchos casos la administración solo llega cuando aparecen obras inapropiadas o situaciones de urgencia.

Castagno insistió en la regulación de los edificios y recordó que ya Leon Battista Alberti trató esa cuestión en “De re aedificatoria”, publicado en 1485. Su argumento fue simple: lo que se construye permanece durante mucho tiempo y puede alterar el paisaje de forma duradera. Por eso defendió el máximo rigor posible en arquitectura y urbanización, sin negar que ambas actividades puedan aportar bienestar colectivo y desarrollo económico.

Marco Pilotti llevó el debate al terreno de la gestión ambiental y tomó como referencia las Torbiere del Sebino. Explicó que esa reserva natural, reconocida como tal en 1984 y protegida además como zona húmeda de importancia internacional por la Convención de Ramsar de 1971, depende de una visión amplia del territorio. Su conservación, dijo, está ligada a la acción humana, al mantenimiento de la red hidráulica y a la calidad del agua. Recordó también que esas áreas fueron en el pasado una fuente de ingresos por la extracción de turba y más tarde de arcilla, mientras que ahora concentran una biodiversidad de gran valor y reciben entre 60.000 y 70.000 visitantes al año.

Pilotti defendió que la población forma parte del paisaje y que, para vivir en él, necesita actividad económica. Desde esa premisa, sostuvo que Franciacorta puede conservar su identidad mientras cambia, siempre que aumenten los conocimientos técnicos de quienes trabajan sobre el territorio y mejore la conciencia de quienes lo habitan y lo representan en las instituciones.

Colucci advirtió, sin embargo, de que pasar de la teoría a la práctica no resulta sencillo. A su juicio, la normativa italiana complica la gestión y dispersa las atribuciones entre muchas instancias. Frente a ello, planteó la necesidad de recomponer saberes y orientarlos hacia un fin común, sin excluir la protección de los intereses privados legítimos.

Pierluigi Donna situó la cuestión cultural en la base de cualquier mejora. Sostuvo que la manera en que agricultores, viticultores y administradores cuidan el territorio también está condicionada por la población que vive en él. Rechazó la idea de que solo las zonas agrícolas con mayor rentabilidad puedan mantener un paisaje cuidado. Como ejemplo citó tanto explotaciones del Alto Adigio, con bordes sin herbicidas y hileras de girasoles, como experiencias observadas por él mismo en África central, donde la agricultura apenas asegura ingresos de subsistencia y, aun así, existe un alto nivel de cuidado del entorno.

Donna añadió que el cambio climático está modificando incluso la idea de belleza aplicada al viñedo. Según explicó, la imagen de una viticultura muy ordenada y uniforme está dejando paso a otra en la que se acepta un desorden controlado, con árboles y más biodiversidad para dar sombra y mejorar la capacidad de adaptación de la vid. En ese terreno situó a Franciacorta entre las zonas que más están trabajando, aunque precisó que todavía queda mucho por aprender sobre la relación entre esas funciones agronómicas y la calidad del paisaje.

El agrónomo también puso el foco en la colaboración entre el Consorzio, las empresas, los centros de investigación y entidades como la Fondazione Lgh. En ese marco, explicó, se ha puesto en marcha una nueva zonificación territorial de carácter multidisciplinar que ya no se limita a los análisis pedoclimáticos tradicionales. El trabajo incluye mediciones de biodiversidad y estudios sobre los organismos del suelo responsables de la fertilidad, cuya actividad influye en la materia orgánica y en la capacidad del sistema para adaptarse a las variaciones climáticas.

Esa línea de trabajo ha acercado a varias bodegas de Franciacorta a la agroforestería. En viticultura, esta práctica combina viñedo con árboles, arbustos y setos dentro de las parcelas o en sus márgenes, con el fin de crear sistemas ecológicos más complejos y

corredores de biodiversidad que conecten los viñedos con bosques y otros espacios naturales. Donna afirmó que las empresas que avanzan por ese camino pueden convertirse en referencia para otras, de ahí la importancia de compartir datos y resultados.

El mismo experto explicó que, con la colaboración de las universidades de Brescia y Milán y mediante modelos de previsión, ya trabajan para determinar qué especies vegetales podrán adaptarse mejor a las condiciones de las próximas décadas, en horizontes de 30 o 50 años. Para Donna, esa gestión del paisaje, que trata de unir utilidad y valor estético, exige miradas distintas y formación desde edades tempranas. Por eso situó la enseñanza de los más jóvenes, desde la escuela primaria, como una de las tareas prioritarias para el territorio.